

# Maestras de América: Margot Arce y Gabriela Mistral

*José Ferrer Canales*

**Gabriela Mistral: persona y poesía**, por Margot Arce de Vázquez apareció en abril de 1958, editado por Asomante, la mejor revista literaria puertorriqueña contemporánea y una de las mejores del mundo hispánico que con sabiduría y perfecto sentido de equilibrio entre lo nacional y lo extranjero, dirige Nilita Vientós Gastón.

Antes la fina ensayista, prestigiosa profesora universitaria, Doctora en Letras de la Universidad de Madrid y alumna eminente de don Ramón Menéndez Pidal, don Tomás Navarro y don Américo Castro, nos había dado dos libros muy valiosos, además de estudios como aquéllos dedicados a Antonio Machado, Francis Thompson y Pedro Salinas. *Garcilaso de la Vega*, contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI (Madrid, Edición de la Revista de Filología Española, 1930) fue elogiado por el hispanista Vossler, el crítico Joaquín de Entrambasaguas y Peña y el Profesor Francisco Manrique Cabrera. **Impresiones, notas puertorriqueñas** (Puerto Rico, Edición Yauarel, 1950) es, según definición de la propia autora, «libro de mi angustia y esperanza por la patria», y en él comenta sobre el patriotismo de Hostos, el hispanismo y la puertorriqueñidad de Antonio S. Pedreira, la poesía de Luis Lloréns Torres, Luis Palés Matos y Carmen Alicia Cadilla, una obra de doña Antonia Sáez, la lengua, el paisaje de la isla y otros temas boricuas<sup>1</sup>. En el *VIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana*, celebrado en 1957, y en la sesión primera de trabajo, presidida por Marcel Bataillon, la doctora Margot Arce de Vázquez nos habló sobre un tema que recoge ahora.

En **Gabriela Mistral persona y poesía**, Margot Arce estudia en capítulos de belleza, objetividad y penetración psicológica, la personalidad de la inmortal chilena, los poemas de Desolación, Ternura, Tala y Lagar, el tema de la realidad y el Nocturno del primer poemario y cierra su ensayo con preciosos y sugestivos comentarios sobre el motivo Puerto Rico en la creación en verso de Gabriela.

Podría decirse que hay hombres que hablan como ciertos libros, para destacar la sequedad, la aridez de espíritu, la falta de fluencia de esos ríos invisibles, de esas ondas que revelan lo esencialmente humano. Del libro de Margot Arce diríamos lo contrario: que siendo estrictamente objetivo, preciso en el análisis de la lengua y la temática de Gabriela, tiene el acento, el latido humano, las resonancias de la palabra hablada. Hay párrafos, páginas que son como espejos en que casi se reflejan las frases con la entonación característica de Margot Arce, frases de emoción contenida, que señalan pautas morales; de angustia, que aluden a tiempos y temas de crisis; y otras, hijas de la alegría,

porque dicen del triunfo del espíritu, el ala, el arte y la América nuestra, la de Juárez y Martí.

Leer **Gabriela Mistral: persona y poesía** es como volver a escuchar a la noble maestra en su cátedra universitaria, de arte, patriotismo y civilidad. Si como afirma Azorín en una página clásica, «Vivir es ver volver», nosotros hemos vuelto a vivir aquellas horas de grata recordación, felices -;qué extraño y remoto resulta este adjetivo en una época de destierros, persecuciones por motivos políticos y raciales, horas en que oíamos a Margot Arce darnos con la sabiduría de los más grandes críticos literarios, lecciones sobre lengua y letras; con sabor evangélico y en nombre de Cristo, lecciones morales; y con acento hispánico y del más auténtico americanismo, en nombre de Cervantes y Antonio Machado, de Hostos y Martí, explicarnos lecciones de libertad y justicia.

La palabra hablada, «la más fecunda -según Hostos- porque es la más próxima a la acción», es la que más instantáneamente cafa en el alma, pero tiene la desventaja de irse en alas del viento. Este libro, este canto a la dación cristiana, al esfuerzo por la cultura, este elogio y análisis de la obra mistralina, con todas sus resonancias espirituales y éticas, con su tácita invitación a amar, exaltar y defender los valores y las glorias de la América indohispánica, criolla, estas huellas de emoción estética e histórica, no podrán borrarlas ya ni el viento ni el tiempo.

Este libro será estímulo y consolación. Y a él podremos venir los jóvenes de América en el alba y el atardecer, como a otros libros raigalmente americanos, cuando deseemos un excelente estudio sobre la lengua y el alma de Gabriela o cuando, abrasados por el fuego de una verdad «casta y quemante», estemos solos -juntos-, en defensa del niño y el pueblo, la patria y la libertad, la justicia y América.

Margot Arce, quien conoció a la poetisa en el otoño de 1928 y vivió junto a Gabriela durante varias temporadas y una vez durante todo un año, nos ha dejado esta impresión personal de la chilena en Madrid, en la Casa Internacional de Señoritas:

Conversábamos bajo los árboles cuando avanzó hacia nosotras con su aire remoto y su cansancio de siglos. La capa de lana, que descendía hasta media pierna, acentuaba aquel ondular como de río en remanso; la cabeza, limpiamente dibujada, redimía con su lumbré la densa materialidad del cuerpo; los ojos y la boca se contradecían: amarga la boca con sabiduría terrena; serenos, inquisitivos los ojos. Al contrastar esta figura con la otra que, imaginándola, nos habían dejado los versos de Desolación, nos desconcertó aquella inmovilidad de ídolo, aquel modo de sustraerse de todo, vuelta a sí misma y como escuchando una voz interior, única entre todas las voces.

En otra página la llamará no ídolo, sino Antígona, y en otra, con palabras de Bécquer, “huésped de las nieblas”. Y recordará que Gabriela a sí misma se llamó Macabea, Agar y Sara.

Pudo comprobar que el pensamiento de Gabriela era Dios, el amor, y América; que el patriotismo de la chilena iba acompañado por el sentimiento de la justicia, por lo que condenó la conducta de sus compatriotas en la guerra de Chile y el Perú; que tenía un «amor contradictorio» a España, ya que no podía olvidar los males de la colonización y los encomenderos y, a la vez, admiraba a figuras como José Bergamín y Joaquín Xirau; que fundaba su devoción a México en la belleza, la cultura, la originalidad del país y en la amistad de mexicanos como Alfonso Reyes, Palma Guillén y Daniel Cossío Villegas; que su americanismo era amor y consagración al servicio de todas las tierras al sur del Río Grande y que en esa América veía, por la lengua, la sangre y la historia, a Puerto Rico.

Margot Arce concibe la poesía de Gabriela como una expresión frente al «rubendarismo», una creación original, un arte logrado conscientemente:

La poesía de Gabriela Mistral quedará como una reacción frente al rubendarismo: poesía sin forma atildada, sin virtuosismos verbales, sin evocaciones de épocas galantes o aristocráticas; poesía de un alma campesina, primitiva y fuerte como la tierra, y de un acento muy puro donde faltan los ecos supercultos de Francia, achaque de modernistas. Frente a la literatura hispanoamericana, imitadora en tantas ocasiones de los modelos europeos, esta poesía posee el mérito de la originalidad cabal, de la voz propia, auténtica, lograda con voluntad consciente. La afirmación en ella del yo íntimo, ajeno a lo extraño, la hace profundamente humana, y por humana, de valor universal.

Le alaba el lirismo, los elogios de nuestras tierras, la prosa criolla y barroca, con barroquismo más de tensión que de palabras, prosa jugosa que utilizaba en la obra de afirmación de solidaridad de nuestros pueblos y en la prédica de los ideales de justicia y libertad.

Hermosos capítulos éstos sobre los poemarios de quien mereció el Premio Nobel en 1945. Sobre **Desolación**, publicado en 1922 por don Federico de Onís, escribe Margot Arce: «La pasión, la fuerza, la mezcla extraña de ternura y dureza, de delicadeza y tosquedad imprimen a esta voz acento inconfundible». Estamos ante una «sensualidad espiritualizada», «un estilo áspero, de imagen fuerte y plástica». Las palabras tienen «plasticidad de arcilla». La frase poética es huella que cava la realidad en el alma del poeta. Es una lengua nueva, de amor, pero son el erotismo y el impudor de otras poetisas hispanoamericanas. Y, a veces, el verso es, para la ensayista, una especie de «sentimiento trágico del amor». Desde el punto de vista métrico, Gabriela recoge la herencia modernista y usa el alejandrino, el endecasílabo y el eneasílabo -verso éste que preferirá en sus otros libros.

Para la escritora puertorriqueña, el título **Ternura** corresponde perfectamente a los temas y sentimientos del poemario. Ya antes en 1937, Jorge Mañach había hablado, con su prosa característica, de «la espiritualización de la voluptuosidad que es la ternura», al referirse a este aspecto de la creación de Gabriela. América, el sueño, la muerte, el niño, la armonía, Dios, la paz; este libro recoge casi todos los temas cardinales de Gabriela y en él son evidentes las huellas del Antiguo Testamento y Las Florecillas de San Francisco. La definición de una canción de cuna dada por la chilena es la más exacta de cuantas conoce la doctora Arce: «La canción de cuna es el coloquio diurno y nocturno de la madre con su alma, con su hijo y con la Gea visible de día y audible de noche». Confieso que a mí me impresionó más esta imagen de la prosista de Elqui: «La canción de cuna es: nada más que la segunda leche de la madre criadora». Con justicia afirma luego la doctora Arce que sólo Martí, autor de **Ismaelillo**, ha escrito poesía infantil tan hermosa y auténtica como la de Gabriela. La maternidad ha espiritualizado en *Ternura* lo humano: «¡es un viento de Dios que pasa hendiéndome el gajo de las carnes, volandero!».

A pesar de la tesis de Sidonia C. Rosenbaum, **Women Poets of Spanish America**, con excelentes capítulos sobre las precursoras, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou, el análisis de Margot Arce sobre *Tala* es el más completo que conozco. *Tala* (1938) fue un regalo de amor para los niños de España, víctimas de la invasión nazifascista, para la Residencia Infantil de Pedralbes, y después para aliviar la angustia en campos de concentración de Francia. «Se dan los poemas como una cosecha, como pedazos cercenados de la entraña viva, que dejan aún muñones y raíces». Sus arcaísmos están tomados de la lengua viva, campesina, del Valle de Elqui, no de la Literatura del Siglo de Oro Español, corrige a críticos la comentarista. En **Tala** se elogia al pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió.

Sintetizando algunos juicios expuestos aquí sobre *Tala*, dejar la lectura de **Desolación** y pasar a **Tala** es como cambiar del Antiguo Testamento a los Evangelios. La cima de este poemario es La Gracia, poesía cuyos acentos nítidos y ardorosos nos parece haber escuchado antes en San Juan de la Cruz. El Nocturno del descendimiento le recuerda pasajes de *El Cristo* de Velázquez de Unamuno. El libro de Bergson **Les deux sources de la morale et de la religion** conmovió el alma del poeta y le dio la seguridad de una vida futura en horas en que sufría por la muerte de la madre. Temas esenciales en la creación de los últimos años de Gabriela son la muerte, lo Absoluto, la poesía, el sueño. América es otro motivo en **Tala**: paisajes, tierras, colinas, Sol, Puerto Rico, el maizal de México. Ve Margot Arce cómo Gabriela, con su sensibilidad telúrica, consideraba al Orinoco, los Andes, el Sol y los monumentos indígenas más dignos del canto que los colibríes y las mariposas. (A propósito del himno y el tema de la naturaleza americana, he pensado no ya en Rubén Darío, el de **Canto a Roosevelt**, sino en José María Heredia, el poeta cubano de **Himno al Sol, Al Océano y Niágara**. Y he evocado al tierno y heroico Martí que llevaba

a América como hostia y entonaba: «Todo lo vence y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol a sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza».)

Propone la ensayista boricua finalmente reducir las doce partes de **Tala** -escrita en una lengua que representa la vuelta a la objetividad, a la realidad-, a estos temas: la crisis religiosa, la evocación del pasado, la autoconfesión, los niños, los seres y la naturaleza. Sobre éstos, Dios. A los dieciséis años de **Tala** apareció **Lagar** (1954), «canto de cisne», transfiguración de acontecimientos y emociones personales e históricas de esos años difíciles, de crisis y agonía. Nada mejor que transcribir la confesión de Gabriela:

En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como la hondonada sombría y, por laderas más celementes, subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón; cantaré como lo quiso un misericordioso, para consolar a los hombres.

**Lagar** es etapa final en la evolución de la lírica de Gabriela. Desnudez. Estamos muy lejos de las delicadezas modernistas. “Su voz tiene el ardor seco, crujiente del Salmista y de los profetas.” La palabra poética, el estilo revela la intensa vida sicológica. Y está América con su geografía, su fauna y su flora.

El estudio sobre la realidad vista por el poeta abarca consideraciones sobre motivos como **Pan, Hijo-árbol, Tamborito panameño y País de ausencia**. La visión mistraliana de la realidad, la capacidad de ocultar el arte bajo el disfraz de lo natural le recuerda a la comentarista la obra prodigiosa de Cervantes, el estilo del pintor Velázquez en *Las Meninas* y el arte de los místicos españoles, capaces de trascender lo inmediato y llegar a lo absoluto.

En **Tamborito panameño** goza la ensayista el llamado del pasado, el ritmo de la selva y la sangre; en el poema sobre el cuadro en que Hans Holbein el Joven concretó su imagen de Erasmo -admirada por Gabriela en el Louvre-, la serenidad clásica y la medida, y en *País de la ausencia*, el más perfecto índice de la visión que tenía Gabriela de la realidad y de la transformación de ésta en obra artística.

Ha dicho el poeta y crítico Luis Hernández Aquino que el capítulo sobre **Nocturno** (de **Desolación**) es uno de los «más brillantes» del libro. *Nocturno* es el hermoso y conmovedor poema, «plegaria rebelde» y súplica cristiana en que la chilena junta el primer versículo del Padrenuestro y, alterándolo, parte del primero del *Salmo 22* («Padre nuestro que estás en los cielos, ¿por qué te has olvidado de mí?»). No hay connotación musical en el título, alega la comentarista, acaso refleje admiración por el **Nocturno III** de

José Asunción Silva y es el nombre de cada una de las partes del rezo de Maitines.

Este libro ha sido vivido, acariciado alma adentro, por una puertorriqueña de la más fina sensibilidad y el más ascendido patriotismo y americanismo. Expresando admiración por unos temas, un estilo, una poesía y una personalidad americanas y universales, ha sido sentido desde una nación, una patria, Puerto Rico. Gabriela Mistral estuvo vinculada a la vida intelectual de la nación boricua. Fue Catedrática Visitante en la Universidad de Puerto Rico. Admiró paisajes y gentes de la isla que Andrés Iduarte llamó «isla de la dulzura». Comentó en verso y prosa aspectos de nuestra vida. Y acerca de la maestra y poetisa han escrito numerosos puertorriqueños, entre otros, Nilita Vientós Gastón, Concha Meléndez, José A. Balseiro, Josefina Guevara Castañeira, Carmen Alicia Cadilla, Ester Feliciano, Luis Hernández Aquino. Margot Arce al ofrendarle éste, el más perfecto homenaje boricua, cierra su análisis con el tema de Puerto Rico en *Tala*. Procede a comentar los poemas **Sal, Agua, Cascada en sequedad, Himno de la cordillera, País de la ausencia**, con menciones rápidas o alusivas a la Boriquén, **Recado para las Antillas y Mar Caribe**. Gabriela canta y evoca las palmas, el flamboyán, el café, «la isla de cañas y añil». Tódo indica que la poetisa atribuye a la isla nuestra «la calidad de lo fabuloso, de lo naturalmente poético».

Mar Caribe, fechado en el día de la liberación de las Filipinas, nace con un propósito cívico, libertario. «Es evidente -son palabras de Margot Arce-, que el poema arranca de un sentimiento político, de la necesidad de reparar una injusticia... El poeta exige que la justicia se distribuya con equidad.» De ese poema, permítaseme la cita de estos versos:

Isla de Puerto Rico  
isla de palmas,  
apenas cuerpo, apenas  
como la Santa,  
apenas posadura  
sobre las aguas.  
La que como María  
funde al nombrarla  
y que, como paloma,  
vuela, nombrada;  
del millar de palmeras  
como más alta,  
y en las dos mil colinas  
como llamada.

Isla en caña y cafés  
apasionada,  
tan dulce de decir  
como una infancia,

bendita de cantar  
como una ¡hosanna!  
Sirena sin canción  
sobre las aguas,  
ofendida de mar  
en marejada:  
¡Cordelia de las olas,  
Cordelia amarga!

Quiso Gabriela la salvación de la isla con la ayuda de los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel y

Antes que en mí se acaben  
marcha y mirada;  
antes que carne mía  
ya sea fábula;

Quiso antes de morir, interpreto, ver la salvación de la isla, la entrada del pueblo puertorriqueño al disfrute de su independencia política, su soberanía, su justicia social, su auténtica democracia. Al margen de estas notas literarias, quiero afirmar mi creencia personal de que nunca Gabriela Mistral hubiera apoyado la política de «unión permanente» de Puerto Rico y Estados Unidos, que promulgan muchos como panacea para nuestra angustia colectiva. El destino que intuye Gabriela para nuestro pueblo es diametralmente opuesto; nuestra salvación está, no en Washington (ni en Moscú), sino en nosotros mismos, en la afirmación de nuestros valores. En ningún poema, en ningún recado de Gabriela encontramos la solución híbrida de «unión permanente». Gabriela Mistral y Margot Arce tuvieron, temprano en la historia, la recta orientación cívica.

Don Tomás Navarro, el eminente filólogo, crítico y maestro español, ha felicitado a la autora de este libro por la claridad y la precisión y porque no sigue, dice él, «la corriente del afectado y vago neocriticismo contemporáneo». Visión clara, objetiva, ésta. Tal vez esa característica proceda en Margot Arce de su interés por las matemáticas que estudiaba antes de conocer a don Tomás Navarro. Podría decirse de otro modo, con frases de Giner de los Ríos: Margot Arce sabe «ir tras el fondo hasta dar con las entrañas de las cosas».

Pero esto no ha de entenderse en el sentido de que la comentarista se limita a revelar las verdades del espíritu y la letra de Gabriela. Uno de los valores más extraordinarios del estudio está, para mí, en que leemos comentarios de Margot Arce sobre temas cardinales para el hombre contemporáneo.

¿Cómo ve, por ejemplo, Margot Arce la vida histórica de los últimos años? ¿Qué le impresiona de estos años trágicos? A propósito de los días en que Gabriela está redactando mucho de lo que seleccionará bajo el signo de **Lagar** (1954), a los 16 de **Tala**, comenta la doctora Arce:

Son 16 años terribles... En el orden histórico: la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea, la guerra fría, la delación fomentada y retribuida, las persecuciones, los campos de concentración, los refinamientos de la tortura física y psicológica, los éxodos forzosos y en masa, la inseguridad, el recelo, el miedo, la histeria, las bombas termonucleares; una subversión de valores tan absoluta que convierte la paz en «palabra maldita» y a los que quieren la paz en sospechosos y perseguidos; y tan monstruosa que pretende evitar la guerra mediante la competencia insensata de armamentos cada vez más potentes y destructores. Son los años, no liquidados aún, del asco y de la 6ª náusea».

Es una apretada síntesis que tiene su paralelo en el prólogo del doctor Raúl Roa a su libro trascendental, titulado **Viento Sur**, en que el profesor cubano habla sobre este «viento estéril, hirsuto, caliginoso, exasperante y sucio que sopla hoy por el mundo». De don Fernando de los Ríos es esta definición histórica, escrita en Middlebury en 1945, y no muy diferente de la de Margot Arce: «en estos tiempos podridos que estamos viviendo...»

Margot Arce se parece mucho moralmente a Gabriela Mistral. Como ésta, tiene la pasión de la justicia y la libertad. Como Gabriela tiene caridad y ternura. Como el poeta de Elqui vive alerta ante los problemas de nuestro tiempo y la patria. Y lo que escribe acerca de la chilena podemos afirmarlo los jóvenes de Puerto Rico en una semblanza de Margot Arce:

Así es esta mujer: atenta al presente, dominada por la conciencia de los hechos y del rumbo que toma la historia, incapaz de negarse al reclamo de los que padecen hambre y sed de justicia o de amor... Todo lo que hace, dice y escribe está como saturado de aroma poética y muestra el maravilloso, cuanto arriesgado equilibrio del es y el debe ser.

Como Gabriela, Margot Arce quiere el retorno a la naturaleza, a la sencillez, la afirmación de la personalidad integral, atención al caso humano, concreto, fortaleza moral y examen crítico. Jamás ha claudicado y ha defendido los más altos ideales “sobre todo en estos tiempos en que la defensa de esos valores, por malas artes del peligroso nominalismo moderno, se mira con sospecha y recelo”. El lector avisado sustituye la palabra “nominalismo” por otros “ismos” políticos y, en Puerto Rico, añadirá “nacionalismo”, “independentismo”, “comunismo”.

Ambas aman el magisterio. Gabriela enseña en Chile, México, Estados Unidos y Puerto Rico. Margot Arce completó casi medio siglo de noble apostolado en la cátedra, cuarenta y cinco años. Por eso estas líneas son comentario objetivo y autoconfesión:

Concebía el magisterio como deber cristiano y ejercicio de caridad; su función, como un despertar la conciencia religiosa, la conciencia moral y el amor a la belleza en el alma del alumno; como una faena realizada siempre bajo la mirada de Dios... Del maestro exige las virtudes del santo: fortaleza viril, pureza, mansedumbre, dulzura, alegría, pobreza, sumisión al dolor y a la muerte, paz interior, porque concibe el magisterio como vocación y apostolado, como tarea divina confiada a los hombres.

Y el tema de la lengua es otro de trascendencia. Quiere Margot Arce el cuidado de ese patrimonio. Porque, como escribiera la inmortal iberoamericana, "el habla es la segunda posesión nuestra, después del alma, y tal vez no tengamos ninguna otra posesión en este mundo".

La interpretación del poema **Mar Caribe** está escrita no sólo por quien puede hacer magistrales estudios estilísticos, sino por quien ha defendido, con heroicidad y constancia ejemplar, el ideal de independencia de Puerto Rico. Por quien tiene la comprensión social, realista, que exigen nuestros tiempos y ni olvida a los padres de la patria, Eugenio María de Hostos, el doctor Ramón Emeterio Betances, José de Diego y otros, ni olvida los efectos de la colisión, del choque entre la cultura puertorriqueña y la estadounidense.

El poeta ve claro que la colonia daña el espíritu, escribe Margot Arce. Intuye y le inquieta el desorden moral, el peligro que para una auténtica cultura representan la privación de la libertad y el choque con otra cultura antagónica... La salvación ha de lograrse por mediadores que pertenecen a nuestra comunidad cultural hispánica. En otras palabras: por la virtualidad salvadora y liberadora que reside en nuestros propios valores.

Adivinamos tras la lectura de este libro, nombres de algunos poetas, artistas y críticos a quienes admira Margot Arce. Surgen en los comentarios poéticos, entre otros: Unamuno, cuya significación para España cree paralela a la de Gabriela Mistral para la América Hispánica; Cervantes y Velázquez, pintor de *Las Meninas*. Están los españoles Lope, Góngora, San Juan de la Cruz, Quevedo, Bécquer y Antonio Machado. Entre los hispanoamericanos: José Martí, Neruda por su **Canto General**, los mexicanos Alfonso Reyes, Diego Rivera, Palma Guillén y Daniel Cossío Villegas. Hay múltiples alusiones bíblicas. Y están: Goethe, Hans Holbein el Joven, Valéry, Proust y, a propósito de unas fantasías de *Lagar*, Walt Disney. Cita al ensayista cubano Jorge Mañach.

**Gabriela Mistral: persona y poesía:** libro-ala y acicate. ¡Espejo de dos almas: el poeta comentado y la comentarista! ¡Gabriela y Margot! Así, sin apellidos, egregias, nobles, con su ternura y heroicidad, ejemplarizando ante el corazón de América.

## **Notas**

1. Valioso estudio es el del doctor Luis de Arrigoitia: «Margot Arce de Vázquez y su libro sobre José de Diego», Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, X (1967, núm. 37), PP.40-49.